



El batec dels somnis

Diana Galstyan
Elena Gutiérrez
Celia Hernández
Mario Mateo
Álvaro Muñoz

Letra
nova

bromera



Vivim atrapats en la xarxa tecnològica, en una realitat molt complexa i de canvis accelerats, on el temps és molt valuós. Hui, els estímuls culturals són molt diferents dels d'èpoques passades. El coneixement de les altres realitats, alienes a la nostra, cada dia queda més relegat a l'àmbit de la creativitat. Per això, cal donar suport a la llibertat que s'estimula des de la creació literària, com en este cas hem fet amb la convocatòria dels Premis Juvenils de Literatura Breu de Mislata.

Es tracta d'una convocatòria ferma i valenta, que aposta per donar possibilitats a les persones més joves per demostrar el seu talent amb les lletres. Un certamen que premia i destaca la qualitat i l'originalitat a l'hora de narrar històries, descriure sentiments i permetre'ns conèixer altres contextos, sempre enriquidors; uns espais que ens inviten al diàleg, a la reflexió oberta.

Bé des de la narrativa o des de la poesia, Mislata continuarà facilitant fulls en blanc a la creació literària, i seguirem exalçant aquelles obres, com les recopilades en esta publicació, que mereixen ser destacades. Augurem que els autors i les autores firmants ací tenen un bon futur literari al davant. Les primeres oportunitats són les que més es recorden; i la nostra Regidoria de Joventut tornarà a donar-les en successives edicions per tal de fer aflorar el nombre de joves que s'interessen per l'escriptura i que volen compartir les històries i els sentiments en les nostres llengües.

XIMO MORENO PORCAL
Regidor de Joventut de l'Ajuntament de Mislata

EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Celia Hernández Marco

(Premi de Narrativa en Castellà)

¿Cómo resumir la historia de una vida en tan solo unas pocas hojas? ¿Cómo contar una historia que desde que empezó iba dirigida al fracaso?

Ardua tarea de llevar a cabo, pero puedo intentarlo.

Me llamo Enam, Enam Odum, que significa ‘regalo de Dios’, aunque en realidad dudo que yo fuera exactamente un regalo de Dios, ya que soy el séptimo de nueve hijos en una familia a la que no le sobraba dinero ni recursos para alimentar más bocas. Fui el primero de los Odum que subió a una patera persiguiendo un sueño; una vida mejor.

Mi vida... bueno, mi vida no es de lo mejor que se pudiera desear, de hecho creo que está en una escala bastante baja dentro del rango de vidas; todos los días me levanto con la salida del sol para dirigirme a mi «trabajo» (si es que a esa explotación se le puede llamar así) para después meterme en una mina hasta que se pone el sol, es decir, que trabajo de sol a sol; que si lo piensas, es bastante irónico, ya que ni siquiera lo veo en todo el día.

En mi familia funcionamos así, ninguno de los nueve hermanos que somos hemos estudiado, todos y absolutamente todos los Odum hemos empezado a trabajar alrededor de la edad de cinco años. Mi hermano mayor Sirhan ya no vive con nosotros, tiene 19 años y ya tiene sus

propios problemas para alimentar a su nueva familia (que ya cuenta con cuatro miembros y el quinto en camino). Ayo, que es el segundo, tampoco vive con nosotros, pero no es porque esté casado ni nada de eso, la última vez que lo vimos tenía 13 años, y de eso ya hace cuatro, así que dudo bastante que vuelva a casa, lo que a mí me apena bastante, pero mis padres dicen que en nuestra familia un plato menos en la mesa no es motivo de tristeza, sino de todo lo contrario; aquella historia fue un tanto extraña, había un señor que venía mucho por nuestro poblado y, a veces, se llevaba niños con él, y un día Ayo ya no estaba, así que creo que el señor se lo llevó, pero mis padres no hicieron mucho al respecto, simplemente dijeron «Ahora vivirá mejor» y no se volvió a hablar del tema.

La tercera, cuarta y quinta son trillizas, Ashanti, Leiza y Shaira, en ese orden, tienen 15 años, y Ashanti es otra que se suma a la lista de los que no viven en casa, ella sí que se ha casado. Y ahora, papá está en negociaciones con la familia Jawo para casar al cuarto de los hijos, Barack, con Shaira; y para Leiza aún están buscando candidato.

Luego está Shaka, que es el sexto, tiene 14 años y trabaja en una plantación de cacao, después estoy yo que trabajo en la mina, y seguimos la larga lista de hermanos con Tafari, que es el octavo, y Azalee, que es la novena; tienen 7 y 4 años, y de momento ellos solo ayudan con la casa.

Y esta es mi familia, con sus cosas, como todas, pero al fin y al cabo, una familia.

—¡Odum! —dijo el cabecilla del grupo donde yo trabajo haciendo que pegara un brinco del sobresalto.

—¿¡Qué estás haciendo!?! ¿¡Me vas a hacer que saque la vara otra vez!?

Yo solo me limité a negar rápidamente con la cabeza y corrí a mi puesto, preparado para entrar en un pequeño agujero que se encontraba delante de mí.

Llevo trabajando en «la mina» (si es que se le puede llamar así, ya que solo consiste en unos diminutos agujeros en la roca que te llevan a una cueva subterránea donde se encuentra una de las muchas excavaciones de diamantes que hay en África) desde los seis años; ya tengo doce y estoy a punto de cumplir trece, por lo que probablemente me echen de este sitio, ya que estoy creciendo demasiado y se me está empezando a hacer un poco complicado entrar en los dichosos agujeritos; y si me echan tenemos un problema, tanto yo como mi familia entera.

Me dirigí con rapidez hacia mi puesto colocándome al lado de mi amigo Menelik, y a su lado Keita, que también es amigo mío. Ellos dos llevan conmigo en el mundo de la mina desde los siete años, se podría decir que llevamos casi toda la vida juntos. En ese momento, Keita empezó a hablar:

—Oye —dijo Keita inclinando su pequeña cabeza morena hacia delante para poder mirarnos a Menelik y a mí—. ¿Os habéis enterado?

—¿De qué se supone que nos teníamos que enterar? —preguntó con curiosidad Menelik. Yo solo lo miré in-

terrogante y un poco preocupado, como nos pillaran hablando nos iban a dar una buena con la señora vara (que era como llamaba el cabecilla a la vara de metal que tenía por compañera). Esa cosa había roto más de un hueso a más de un niño, y la verdad, todos le teníamos bastante respeto.

—¿Os acordáis de esas barcas de madera? —dijo susurrando Keita mientras movía los ojos de un lado hacia otro intentando vigilar que no nos pillaran hablando.

—¿Las que vimos el mes pasado saliendo a alta mar?
—Sí, esas.

—¿Qué pasa con las barcas?

Yo solo me limitaba a seguir la conversación dirigiendo mi cabeza de Keita a Menelik, de Menelik a Keita y así sucesivamente. Hace una semana, estábamos haciendo un transporte de diamantes cuando vimos unas barcas saliendo apresuradamente de la costa para dirigirse a alta mar, serían unas diez, e iban llenas de gente, no sabíamos dónde se dirigían, pero los rostros de la gente tenían muecas de felicidad y miedo a la vez, la verdad, fue bastante extraño.

—He oído que van a salir otras la semana que viene —continuó Keita. Casi me atraganto con mi propia saliva de la impresión—. Yo estoy intentando conseguir dinero para subir a una, dicen que cruzando el mar se encuentra otro país en el que no hay que trabajar como esclavos, se puede estudiar, tener una casa de cemento, ¡de cemento! —prosiguió diciendo mi amigo moreno con alegría y fascinación en la voz—. ¿Os imagináis qué pasada?

Aquello llamó mi atención, yo siempre había soñado con una vida mejor (supongo que como la mayoría de gente que vive en África); si realmente yo pudiera subir a una de aquellas barcas y el destino fuera tal y como había descrito Keita, me subiría a una sin pensármelo ni un segundo. En ese momento el cabecilla empezó a hablar cortando mis pensamientos:

—¡A ver, ya conocéis las reglas! —dijo el cabecilla a voz en grito (y tirando saliva encima del chaval que tenía delante) mientras se ponía delante de nosotros—. ¡¿Qué no se puede hacer?! —continuó con su repetitiva voz y su aburrido discurso de todos los días—. ¡No se puede coger lo que no es vuestro! ¡Y los diamantes no son vuestros!, ¿está claro? —finalizó con un último grito y más lluvia de perdigones para el pobre chico que tenía enfrente.

Todos asentimos rápidamente, en realidad le teníamos miedo; aún recuerdo una vez en la que pilló a un niño con un diamante escondido en el oído, se cabreó muchísimo y le cortó la oreja para que «aprendiera la lección», no volvimos a ver a aquel chico, probablemente muriera de una infección o algo así.

Nos dieron luz verde para entrar en los oscuros agujeros y allí me dirigí, me costó bastante entrar a la mina, pero después de varias sacudidas y meneos de gusano, entré.

Me pasaron el pico y el cubo para depositar los diamantes y me dirigí a mi puesto. Comencé a picar la pared

en busca de diamantes y mientras tarareaba una canción que me había enseñado mi madre empecé a darle vueltas al tema de las pateras.

¿Cuánto costaría subir a una? Teniendo en cuenta que Keita había dicho que sus padres llevaban recaudando el dinero desde hacía meses... estaba claro que costaba un dinero que yo no tenía.

Pero... tengo el dinero (o mejor dicho los diamantes) delante de mis narices...

¿Qué hago? ¿Me escondo uno? Pero no quiero que me corten una oreja...

Pero... si lo escondo muy muy bien... no tendrían por qué pillarme...

Pero si me pillaran...

¡Basta, Enam! —me dije a mí mismo—, no puedes comerte la cabeza: o lo hago o no lo hago; lo que está claro es que no puedo coger un diamante grande, ya que es más difícil de esconder y más fácil que me pillen, o sea que uno chiquitín...

Mientras empiezo a darle vueltas al tema, me humedezco los labios con la lengua.

Un lugar para esconder el diamante... a ver, hacen registros cada día al salir de aquí, y no son muy agradables, la verdad: registran por todas partes, y cuando digo todas partes, es TODAS partes, lo tengo un poco chungo... ¡ESO ES!, el otro día se me empezó a mover una muela, está lo bastante lejos de la abertura de la boca como para verla a simple vista, y ellos no saben que se mueve, por lo que

no van ni a reparar en ella, puedo meter ahí un diamante pequeñito, tan pequeñito como esas hormigas tan feas que hay en el árbol de al lado de casa.

Decidido, me iré al país de los sueños con un diamante como pasaporte.

Empiezo a buscar en el suelo algún diamante tan chiquitín que se les haya pasado por alto, mis ojos barren el lugar buscando (sin ningún éxito, he de decir) mi pasaporte para huir de este infierno, entre que no hay nada de luz, y que esta zona ya está casi vaciada de diamantes... ¡BINGO!, ahí está, junto a una roca del tamaño de un puño se encontraba un diamante tan pequeño que casi ni se veía; me dirigí hacia él, con sumo cuidado, lo cogí y lo introduje en mi boca para después ponerlo debajo de la muela. Si me lo tragaba tampoco me lo pillarían, pero con su tamaño, al final no lo encontraría ni yo. Después de aquello, seguí picando la pared como si tal cosa, esperando con muchos nervios el control de cada día, porque a diferencia de todos los demás días, hoy sí que me jugaba bastante.

–Bien, hoy ha sido un día productivo, muy productivo diría yo. Ahora, pasaréis por control de uno en uno para comprobar que no habéis cogido nada que no sea vuestro.

Vale, definitivamente hoy muero, los nervios me estaban atacando, ¿y si me descubren?, me matarán o algo

peor, es que ¿a quién se le ocurre coger nada? Pues a mí, es que soy tonto, ya está, hoy moriré, espero que sea rápido porque no quie...

En ese momento, Menelik se acerca a mí y empieza a hablarme:

–Tío, hoy he sacado más de seis diamantes, ¿te lo puedes creer? –empezó a decir entusiasmado, pero en cuanto se percató de la cara que ponía, cambió de tema y decidió preguntarme–: Oye, Enam, ¿estás bien? Te noto nerv...

–Menelik, tu turno –dijo el cabecilla cortando las palabras de mi amigo.

El chico se dirigió a control y empezaron a inspeccionarle, después de él iba yo, cuando me llamaron podía notar los latidos de mi corazón a toda velocidad, solo quería retroceder en el tiempo para no haber tomado tan mala decisión.

–¡Enam!

Me dirigí a paso lento hacia lo que yo creía iba a ser mi funeral. Los tres hombres que normalmente hacen el control hoy me parecían aún más intimidantes, uno de ellos, el más grande, me miró y comenzó a dar órdenes.

–Levanta los brazos.

–Abre las piernas.

–Abre la boca. –Con timidez y rezando interiormente por mi vida, comencé a abrir la boca con la poca esperanza de que no encontraran el diamante; después de registrarme el cuerpo, me hicieron el escáner bucal, y